



MYP-33
NARRACIONES DE CIENCIA FICCIÓN

Noé Baryn

MYP-33
NARRACIONES DE CIENCIA FICCIÓN



Primera edición: noviembre 2023
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Noé Baryn

ISBN: 978-84-10082-16-8
ISBN digital: : 978-84-10082-17-5
Depósito legal: M-33256-2023

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Javier, mi hijo.

ÍNDICE

El yate	11
La cumbre	29
Testimonio	45
El cristal del tiempo	51
MYP-33	59
Las ruinas	115
La historia de Zordis	125
Los xenobots.....	133
La muchacha de Biblos	143
El ente.....	161
Terra Nostra.....	169
El profesor Pereit.....	187
Thor	193
Los Pensantes	201
La incubadora	209
El extraviado	219

El yate

Marco Peld, acompañado de su esposa, se presentó en el pequeño aeródromo a la hora convenida. Viajó en su avión privado y, desde que descendió del aparato, pudo ver su nuevo yate a la distancia. Se quedó perplejo. Era más bello de lo que aparentaba en los prospectos de venta o, incluso, cuando se lo mostraron de punta a punta la tarde que visitó la agencia. Ni siquiera en el recorrido de demostración aquella nave le pareció tan espléndida.

Varada en el centro de la rampa de botadura, bajo el sol de la mañana, la nave brillaba en algunas partes de su superficie. Era, sin duda, una máquina envidiable. Su forma alargada, casi triangular, y las líneas fluidas de su silueta sobresalían recortadas contra el horizonte de árboles y montañas.

El cielo estaba despejado y azul. El mar refulgía a lo lejos.

Marco y su mujer, vestidos con sencillez, se acercaron a las oficinas de la compañía Aeronavales Horizons a bordo de un pequeño vehículo que la compañía misma les proporcionó. Después de un último trámite de rigor y de que Marco estampara su firma sobre unas hojas de papel electrónico, el jefe de ventas y uno de los ejecutivos de la compañía los escoltaron hasta las proximidades del yate. Un viento agradable les refrescaba los rostros conforme se acercaban a la rampa, donde varios operarios daban los últimos toques al motor principal de fusión y a los propulsores, o bien revisaban en los depósitos las cápsulas del combustible.

—¿Qué te parece? —preguntó Marco a Christine, su mujer, quien en ese preciso momento alzó el rostro para apreciar mejor la nave.

Ella de un vistazo pudo leer: «Montecarlo», escrito con letras rojas y luego, un poco abajo, observó el emblema del yate pintado sobre la superficie pulida: una balandra, una frágil embarcación de vela. La proa del Montecarlo llevaba un mascarón metálico de color cobre. Se trataba de la figura del dios Poseidón ordenando algo a las aguas con un brazo levantado. No era una figura muy grande ni sobresaliente, sino más bien pequeña pero visible.

—Es un aparato imponente —respondió, por fin, Christine y puso una mano sobre el casco de metal y aleaciones de titanio de reconocida resistencia—. Es fabuloso, escogiste bien —agregó con una expresión extraña en el rostro, que trató en vano de disimular.

Christine, minutos más tarde, elevó en el aire una botella de champaña que alguien le entregó y después, entre risas y comentarios de quienes la rodeaban, la quebró golpeándola contra el casco de la embarcación, como le indicaron. Más allá, cerca de la popa, un grupo de obreros cargaba equipajes y cajas con provisiones que iban directo a las bodegas o camarotes del yate.

—Pueden subir, es su propiedad, enhorabuena —dijo el jefe de ventas, extendiendo un brazo para señalarles el camino.

Una escalerilla eléctrica se desplegó desde la nave hasta el suelo. La pareja, entonces, se subió a un peldaño y empezó a ascender. Ambos se veían complacidos. En la cubierta los esperaban dos azafatas, un ingeniero, el capitán y el copiloto, así como varios miembros del personal de cocina y servicios generales. Todos estaban uniformados, como Marco lo exigió. Llevaban uniformes azules o blancos. Las mujeres y los hombres usaban con frecuencia un birrete de aspecto casi militar. «Bienvenidos a bordo del Montecarlo», exclamó el capitán, y todos caminaron a lo largo de la cubierta principal para, después, pasar al interior de la nave.

Aunque Marco sabía bien lo que había comprado, no pudo menos que admirarse otra vez por las alfombras que cubrían los suelos, por los cuadros del viejo pintor Andreas Achenbach o de Rostil Mireld que decoraban varias salas. Admiró también la amplitud de

los pasillos. Recorrió con gusto y satisfacción los camarotes amueblados de diferentes maneras para dar personalidad a cada uno. El hombre se sentía orgulloso y su mujer, quien continuaba a su lado, sonreía embelesada por el esplendor y magnificencia del yate. «Es precioso», «excelente», repetían Christine o su marido cada vez que admiraban los acabados de las paredes de alguna pieza, o bien la cúpula transparente del salón principal, los aparatos modernos de la cocina o del gimnasio y, sobre todo, al observar la piscina o el comedor con su cristalería de Venecia. Todo era práctico pero elegante. A veces las superficies de mármol, las columnas y techos revestidos de materiales nobles, o los muebles con incrustaciones de nácar o lapislázuli los demoraban para apreciar algún detalle.

El capitán, metido en su uniforme blanco, con frecuencia dispensaba alguna información técnica que tanto Marco como su mujer solicitaban. Por último, bajaron a la sala de máquinas donde el ingeniero a cargo tomó la palabra, saludó a los propietarios cortésmente y dio también varias explicaciones.

Eran las doce del día. Christine escuchaba con atención, pero su marido estaba distraído en los últimos minutos: las explicaciones sobre termodinámica y fluidos le importaban un rábano.

Marco, mientras el ingeniero continuaba hablando, leyó la frase: «Combustible sólido», escrita sobre una escotilla y pensó que mantener aquel armatoste iba a costar una fortuna, pero valía la pena. «El mundo es un espectáculo glorioso hecho para ser disfrutado en primera fila», le decía su padre desde que podía recordar. Y Marco llevaba ese anhelo de exclusividad y aventura incrustado en la mente. Quería ver mundo desde siempre, y ahora eso iba a ser una realidad. Podría viajar, por fin, como lo había soñado. Ya no tendría que movilizarse en su anticuado jet que surcaba el cielo lleno de limitaciones. Ahora poseía una nave de verdad, capaz de atravesar los océanos, pero también de sumergirse en ellos; capaz de volar hasta acercarse a la estratósfera a velocidad de vértigo. Marco estaba feliz y su mujer, de alguna manera, compartía esa dicha. Era una lástima —se dijo el hombre— no haber adquirido antes aquel

yate, no poder pilotarlo él mismo, ni prescindir de tanto sirviente, camarero o cocinero. Le molestaba la presencia de una tripulación numerosa, pero así lo exigían estas naves de alta complejidad. Sin embargo, por la distribución de las estancias, camarotes y salones, la privacidad, si se deseaba, estaba asegurada a bordo.

Salieron de la sala de máquinas y subieron por unas escaleras. La luz natural volvió a aparecer por las ventanas o portillos.

—¿Prefiere todavía, el señor, el mismo destino que convenimos ayer o cambió de idea esta mañana? —dijo finalmente el capitán, quien sostenía su gorra bajo el brazo.

Era un hombre rechoncho, de barba cana y ojos astutos. Mostraba una recurrente actitud servil que fastidiaba a Christine.

El grupo estaba ya en un pequeño salón y se sentaron alrededor de una mesa. Una camarera sirvió unas bebidas que habían sido pedidas momentos antes. Se encontraban en la «cubierta intermedia», como el capitán la nombraba, y Marcos sonriente preguntó:

—¿A qué distancia está el mar Caribe?

—A unas dos horas a velocidad de crucero —dijo el capitán, mirando al horizonte como un experto que revisa el estado del tiempo.

—¡Pues, vamos allá! —ordenó Marco con alegría y, minutos más tarde, luego de subir en ascensor y pasar a un salón con grandes ventanales, se sentó, como le indicaron, en un sillón de madera caoba recubierto de cuero. Su mujer tomó también asiento junto a él. Parecían una pareja de monarcas en sus respectivos tronos.

—Saldremos en unos momentos, disfruten el vuelo —dijo el capitán y les dio la espalda. Antes de abandonar el lugar, se dio media vuelta y advirtió—: No olviden ponerse cinturones de seguridad para el despegue y también que ahí, a su derecha, está el interfono por si los señores desean comunicarse con el puente de mando, la cocina o cualquier otro servicio.

A lo lejos volaba una bandada de gaviotas. Algunas nubes formaban cúmulos que cambiaban de aspecto conforme los movía el viento.

El Montecarlo realizó un despegue vertical y, a determinada altura, aceleró en un par de segundos. De pronto, por las ventanillas, se podían ver las montañas disminuyendo de tamaño lentamente. Sucedió como si aquellas enormes masas fueran desapareciendo por efecto de alguna ilusión óptica, sin embargo, no era tal cosa sino la potencia de los motores de la nave, que se elevó rápido hasta alcanzar una altura en la cual el panorama se convirtió en una interminable sucesión de nubes esparcidas por los cuatro puntos cardinales.

Marco y su mujer durante esos primeros minutos, pegados a sus asientos y con los pechos cruzados por los cinturones de seguridad, observaban en silencio. Había algo en ellos que no les permitía asumir por completo su papel de propietarios de esa máquina tan moderna y ostentosa. La compañía constructora los promocionaba con el nombre de Yates Universalis, y así eran conocidos por el público. Pero, como es obvio, tan solo unas cuantas decenas de familias eran capaces de permitirse, a lo largo y ancho del globo, semejante objeto de lujo. El Montecarlo era un modelo especial y muy codiciado, una obra de ingeniería digna de su fama.

Repentinamente, se oyó la voz del capitán quien habló a través de un sistema de megafonía. Sus palabras se escucharon a lo largo de toda la embarcación: «Pueden quitarse los cinturones. Disfrutamos de buen tiempo. Volamos a velocidad de crucero. Gracias». Christine se quitó el cinturón, volteó a ver a Marco y dijo: «Vamos a conocer realmente esta cosa...».

Su marido estuvo de acuerdo, se quitó también el cinturón y, al ponerse de pie y salir del salón, le pasó una mano por la cintura a su mujer. Ambos avanzaron por el primer pasillo que encontraron, rumbo a la popa de la nave. Llegaron hasta una escalera de caracol y bajaron a pasos rápidos. Estaban entusiasmados y un tanto perdidos en medio de aquel aparato.

—¿Qué tan grande es esta nave? —preguntó ella al mismo tiempo que pasaba la mano por la superficie de una pared que,

bien vista, no era tal cosa, pues se trataba de una lámpara, enorme y rectangular, que estaba apagada a esa hora del día.

—Espera un momento —respondió Marco y, luego de sacar un papel del bolsillo de su pantalón, leyó—: Ciento cuarenta y siete metros de eslora y veintidós de manga.

—¡Bah, qué embrollo! —protestó ella y abrió la primera puerta que encontró.

—O sea, eslora es el largo de este cacharro —explicó él con gesto un tanto burlón.

Tras la puerta que Christine abrió, pudieron apreciar una habitación que no les mostraron antes. Esta tenía una ventana amplia con vista al exterior. En la pieza, llena de un olor a cera, había también una cama ancha, un escritorio de madera arrimado a la pared y, a su lado, un baúl forrado con piel de cocodrilo. Se podía apreciar un tocador con su espejo en forma de medialuna. Sobre los muros o mamparos colgaban un par de pinturas de diferentes paisajes. Más al fondo, al pie de la ventana, se distinguían cuatro sillas y una mesa con tabla de malaquita. A la derecha, se veía otro espejo empotrado en la puerta de un armario. Después, observaron una mecedora y, un poco en alto, un televisor de última generación afianzado a la pared frente al lecho cubierto de mantas con dibujos de flores.

Salieron de allí y continuaron a lo largo del corredor donde encontraron otros camarotes y habitaciones de lujo, incluida la que habían escogido para ellos. Subieron entonces por una escalera, esta vez eléctrica, y accedieron a un tercer nivel o «cubierta», como leyeron en un rotulo que se iluminó cuando ellos se aproximaron. Llegaron, casi sin darse cuenta, a un salón amplio, coronado por una cúpula transparente que les permitió ver el cielo. Columnas de luz solar caían desde esa cúpula y se estrellaban dulcemente contra las superficies. De este salón partían tres corredores que llevaban a distintas secciones del Montecarlo.

Los dos iban embelesados, sin hablar, contemplando con curiosidad los espacios suntuosos llenos de un fuerte olor a nuevo y

decorados de una manera siempre diferente, como sugirió desde el principio un arquitecto. Esa era la moda náutica en cuanto a mobiliario y Marco aceptó la sugerencia.

Al llegar frente a una puerta, esta se abrió de manera automática y ellos pasaron a un salón en el cual sobresalía una mesa de billar, máquinas electrónicas de juego y, al fondo, un pequeño bar donde las botellas chispeaban al roce de los rayos solares.

Marco se sentó en un taburete. Parecía, por instantes, que un sentimiento de propietario orgulloso se afianzaba cada vez más en su pecho. Por fin, había logrado sentirse dueño de aquel yate tan exclusivo y versátil.

Christine le extendió la mano a su marido, invitándolo a continuar el recorrido. Pasaron entonces por el gimnasio, vieron de lejos la piscina, un sauna y, en otra cubierta, una sala de cine. Recorrieron, asimismo, el garaje de la embarcación donde encontraron tres automóviles nuevos de diferentes modelos, uno de ellos anfibia.

Apareció, de pronto, una muchacha, miembro del personal de servicio, y preguntó: «¿Buscan algo los señores?». Les advirtió que, si deseaban música, podían escucharla en cualquier parte del Montecarlo. Él negó con la cabeza y preguntó a su vez dónde estaba el balcón de popa más próximo. «Sigán por el pasillo, al final a la izquierda», explicó la joven en tono cordial.

Al llegar al lugar que buscaban, entraron en un área que, efectivamente, era un balcón construido en los bordes de la nave, pero muy amplio y rodeado de cristales protectores. Cabrían allí con holgura unas seis personas. Era un espacio hecho para disfrutar el panorama y relajarse. Ellos se sentaron en dos poltronas que se hallaban a disposición. El espectáculo era magnífico. El horizonte se mostraba como una convergencia de distancias azules. Nubes enormes se desparramaban a lo largo de la bóveda del cielo. Los rodeaba un mundo de gigantescas esculturas vaporosas, blancas y amorfas, que poco a poco dejaron atrás.

Minutos más tarde la panorámica cambió. Observaban ahora un valle de nubes estratiformes, planas y algodinosas, sobre el cual

la nave se deslizaba a velocidad considerable. A veces, el Montecarlo dejaba un surco en el manto blanco de las nubes y ellos, como dos chiquillos, se echaban a reír.

El silencio era total. Los motores de la nave parecían no existir. No había vibraciones ni nada que en esos interiores delatara movimiento.

El sol era el único punto de referencia en aquel valle de nubes, aquella extensión que por momentos semejaba un campo cubierto de nieve, de dunas blancas e inmóviles que se prolongaban indefinidamente hasta perderse a lo lejos. En esos instantes, llegó hasta ellos un zumbido que quizá provenía del motor. Como eran dos profanos en cuestiones de navegación y jamás habían viajado en un aparato semejante, no podían saberlo.

—Así han de sentirse los ángeles —comentó Christine.

—Si ellos son capaces de pagar las facturas de este yate, tienes razón —bromeó él con vanidad y, estirando el cuerpo, besó a su compañera en una mejilla.

Christine era una mujer más bien menuda, de pelo largo, castaño, y ojos avellanados. Sus dientes muy parejos y blancos eran lo mejor de su sonrisa.

No supieron cuánto tiempo permanecieron en silencio, viendo el panorama. De improviso, divisaron el mar allá abajo. Semejaba una planicie de cobalto azul, un espejo líquido que reflejara los rayos solares conforme descendían, porque se hizo evidente que la nave iba perdiendo altura lentamente, aunque sin dar muestras de inclinación.

En cierto instante, oyeron, salida de algún megáfono cercano, la voz del capitán: «Estamos descendiendo, abróchense los cinturones, por favor».

Christine y Marco se colocaron los cinturones de seguridad de las poltronas y, en determinado momento, tan rápido que apenas lo pudieron creer, la superficie del océano apareció ante ellos después de atravesar el manto de nubes que, ciertamente, en un abrir y cerrar de ojos, había quedado atrás.

El mar Caribe se mostró nítido y pleno. El sol aumentó su esplendor y el azul del agua se impuso rotundamente en el panorama. Aquello era un horizonte de ensueño y monotonía. No había nada más que agua y reverberaciones de luz. Era un paisaje que se prolongaba hasta ofuscar la vista. El Montecarlo se había posado sobre el océano. El yate aparentaba navegar llevado tan solo por una apacible corriente.

Ellos no quisieron moverse y se quedaron donde estaban un largo rato. Almorzaron servidos por dos aeromozas siempre sonrientes, profesionalmente amables pero distantes a la vez. Los cristales del balcón donde se encontraban se habían replegado hasta desaparecer. El calor y los ruidos del oleaje llenaron ese balcón, ese palco de lujo.

Marco, en cierto momento, luego de terminar el postre, sacó un habano de la bolsa de su camisa y lo encendió. El humo se perdió disipado por el viento. La brisa marina les refrescaba la piel y el sol los obligaba a entrecerrar los ojos. Las nubes se habían ido dispersando hasta dejar el cielo despejado. El olor a mar lo impregnaba todo. De vez en cuando, algún pez brincaba sobre la superficie del agua y Christine lo señalaba emocionada. La mujer se puso gafas de sol.

—Si el señor desea, le puedo traer una caña de pescar —dijo un camarero al mismo tiempo que recogía los platos y manteles.

—Estamos a diez metros sobre el agua, no puedo pescar a esta altura —repuso él asombrado.

—Este balcón puede deslizarse por el casco y descender a una altura conveniente —explicó el muchacho, pero como no hubo respuesta entendió y se alejó.

Marco nunca había sido aficionado a la pesca, pues odiaba los deportes que juzgaba sanguinarios, y si permitió que esos implementos de pesca estuvieran en su nave, fue pensando más bien en sus amigos. Había planeado hacer una fiesta a bordo, que duraría varios días, para mostrar su reciente adquisición, el yate nuevo que definía su posición social.

Pasados unos minutos, ambos decidieron retirarse a su camarote, el cual era una *suite* cubierta casi por completo de maderas finas. Tenía un lejano aspecto de cabaña de campo. Había en ese camarote una chimenea electrónica apagada sobre la que se encontraban unos cuantos objetos de valor. Una sala de estar y una pequeña cocina se vislumbraban detrás de un biombo de vidrio esmerilado. Un espejo grande enmarcado en jade, incrustado en una pared, aumentaba las dimensiones del lugar. Christine, a pesar de que la climatización funcionaba y refrescaba el ambiente, abrió las puertas corredizas de un balcón. La brisa inundó esa pieza y ambos, embotados por el calor del mediodía, decidieron hacer una siesta.

A las cuatro de la tarde sonó la alarma de un reloj y Marco despertó. Estaba desnudo. De inmediato escuchó a su mujer que sollozaba en el baño. Se levantó y llegó hasta ella que se hallaba en ropa interior, sentada sobre un taburete.

—¿Qué sucede? —dijo Marco; pero como ella no respondió y seguía llorando, agregó—: No deberías pensar en eso..., ya pasó, es así, no hay remedio.

Entonces la mujer, con el pelo alborotado y los ojos llorosos, se levantó y se lavó el rostro en el lavabo.

Christine se secó con una toalla, regresó a la habitación y se tumbó en la cama boca abajo. Su cuerpo, armonioso y esbelto, recibía los rayos del sol.

Cuando Marco, quien se acababa también de lavar el rostro, volvió a entrar en la habitación, la mujer dijo:

—Para ti ya terminó. Ni siquiera una foto de él quisiste poner en este sitio.

—Porque sé que te afecta, pero tengo una aquí —respondió y abrió la gaveta de un mueble, extrajo una fotografía y se la mostró, aunque no quiso dársela a pesar de que ella extendió una mano.

Era la fotografía de un niño vestido con ropa deportiva.

—Tienes que calmarte —pidió el hombre—. Verlo te altera siempre.

En ese instante sonó el interfono. Marco respondió.

—Buenas tardes. No sé si quisieran dar un paseo submarino —dijo la voz del capitán al otro lado de la línea—. En la noche habrá tormenta por aquí y...

—Sí —interrumpió Marco—, buena idea, se lo iba a proponer yo también, podría ser en media hora.

—Como usted diga —aceptó el capitán—; le aconsejo disfrutar el paseo desde la cabina de proa construida especialmente para eso. Hasta pronto —agregó y colgó sin más.

—Vamos a conocer el fondo marino —propuso Marco a su mujer—, como siempre quisiste.

Ella, con el rostro aún lloroso, se incorporó de la cama y se dirigió al baño donde se peinó, se maquilló un poco y luego se vistió.

Media hora más tarde, estaban en la «Cabina de observación de proa», como se leía en un rótulo. Debajo de esta cabina se hallaba ubicado el puente de mando. Por los altavoces de la nave volvió a hablar el capitán: «Nos sumergiremos en dos minutos. Empezamos protocolos de inmersión. Ascenderemos cuando el señor Marco lo ordené. Abróchense los cinturones. Gracias y disfruten el paseo».

Los vidrios del yate se cerraron automáticamente en todas aquellas ventanas que se hallaban abiertas. Los portillos y escotillas se cerraron también de la misma manera. Se escuchó un zumbido, la nave sufrió una leve inclinación y, segundos después, el mar fue cubriendo al Montecarlo en oleadas sucesivas. Las nubes y el horizonte desaparecieron bajo una inundación lenta pero súbita a la vez. Desde donde Christine y Marco estaban se pudo ver que el agua se arremolinaba sobre la proa de la nave y, de pronto, todo fue una marejada silenciosa de espuma y glóbulos de aire que, al terminar, dejó lugar a un paisaje subacuático de peces que se movían nerviosos y asustados, de alguna tortuga que se alejaba lo más

rápido que podía y, más allá, a babor, un tiburón que cambió de dirección abruptamente como tocado por una descarga eléctrica, como si el escualo, mientras nadaba, hubiera chocado contra una pared invisible y ahora regresara por donde vino. El animal dio media vuelta tan rápido que Christine gritó muy emocionada.

El Montecarlo empezó a descender a mayor profundidad. Al contrario que durante el vuelo, se notaba en la nave una persistente inclinación. De repente, se volvió a oír la voz del capitán por un altavoz: «Pueden desabrocharse los cinturones, nos encontramos a cincuenta metros de profundidad y descendiendo. Nos desplazamos a diez nudos. Les informo que tenemos capacidad para llegar a mil doscientos metros bajo la superficie marina. Descenderemos despacio. Para más información vean las pantallas frente a ustedes o escuchen por los audífonos de sus asientos. Si desean alguna explicación, pueden consultar al copiloto quien es, como recordarán, un experto en submarinismo. Es todo, gracias».

Una azafata entró en la cabina de observación y preguntó si deseaban algo. Marco pidió un café y Christine agua mineral.

Frente a ellos podían ver los rayos del sol esparcidos como si fueran láminas, cortinas de luz. Cada rayo se abría en abanico hasta saturar las aguas. Por momentos, todo era una explosión de burbujas seguramente estimuladas por la presencia del Montecarlo que avanzaba y descendía al mismo tiempo. Por toda la nave se escuchaba un zumbido monótono y ligero.

Aparecieron, como en una pantalla, al otro lado del cristal que cubría aquella cabina especial instalada en la proa, cardúmenes de peces de formas y colores distintos, bancos de sardinas, una mantarraya... El mundo subacuático se revelaba paulatinamente, pero la penumbra iba ganando terreno. La luz escaseaba conforme se sumergían en ese espacio de quietud y misterio. De pronto, la oscuridad dominó el panorama. Estaban ya en un océano nocturno donde nada era visible. Y, de un instante al otro, como si el agua se hubiera incendiado, todo se iluminó cuando una llamarada, resplandeciente y enceguecedora, invadió cada rincón.

Una explosión de luz, salida de los potentes reflectores externos de la nave, alumbró todo en derredor. Christine se llevó una mano a la boca en gesto de admiración por el mundo que se revelaba ante sus ojos, y la otra mano se la ofreció a su marido.

—¡Es bello, fantástico! —comentó Marco por completo impresionado.

Ella no dijo nada, tenía los labios entreabiertos y los ojos atónitos como una niña. El hombre la volteó a ver, le acarició el pelo y la deseó en ese instante. Iban tan concentrados que ni siquiera habían probado las bebidas que pidieron. Ambos observaban admirados aquel paisaje en el que se apreciaban algunas hierbas y vegetación extraña aquí o allá, y donde algún pez plano se arrastraba sobre el lecho marino. A veces, criaturas desconocidas se escondían entre las rocas, o bien esqueletos de animales estaban depositados entre los helechos. Todo era como el territorio de un planeta insólito y remoto. Un pez de colores brillantes apareció repentinamente y se alejó muy rápido. Después, vieron un raro caracol que avanzaba sorteando escollos en el suelo marino. Había algo gracioso y divertido en su caminata.

La nave viró treinta grados a estribor, lanzó proyectiles con luces de bengala las cuales, al encenderse, iluminaron una extensa cordillera que apareció en las cercanías. Era demasiado y Christine cerró los ojos y se aproximó a su marido como buscando protección.

A corta distancia se distinguía el casco oxidado de una vieja embarcación hundida. Los hierros retorcidos delataban una gran explosión.

La pareja iba como atravesando un sueño. Los resistentes cristales de la cabina, que permitían mirar hacia el exterior, reforzados con fibras microscópicas portadoras de energía, estaban hechos para soportar la intensa presión submarina.

El Montecarlo avanzaba rompiendo la resistencia del agua. A veces algunas hierbas se estrellaban contra el cristal o miríadas de pececillos eran arrollados por el empuje de la nave. Las bestezuelas

acuáticas chocaban contra el vidrio de la cabina, pero nada se podía escuchar. Eran cristales capaces de insonorizar la nave, hechos de un material tan fuerte que ni la explosión cercana de cargas de dinamita les hubiera causado un rasguño. Una auténtica proeza tecnológica del siglo en que vivían.

El yate, en los últimos minutos, había empezado a ascender buscando ya la superficie.

De improvviso, frente a ellos apareció un pulpo. El Montecarlo se detuvo en cuestión de segundos. El animal vagaba por las profundidades y daba toda la impresión de no darle la más mínima importancia al enorme aparato que se le acercaba lentamente, tan lentamente que el animal parecía, incluso, no percibirlo. Lo llegaron a tener a unos metros de distancia. El copiloto habló en ese momento por megafonía: «Maniobramos para que lo puedan ver de frente. Es un *Octopus briareus*, típico de estas aguas y sus arrecifes. Se trata de un ejemplar hembra —explicó—. Si lo desean continuamos sumergidos, pero tomen en cuenta que está anocheciendo».

Marco consultó su reloj y comprobó que era cierto. Le propuso al capitán volver a la superficie. Llevaban más de una hora en aquel recorrido.

Esa noche cenaron en el comedor principal. Christine se había vestido para la ocasión. Llevaba un traje largo de dos colores, con escote en la espalda, y se había recogido el pelo. Asistieron a la cena el capitán, el copiloto —un hombre alto, flemático, muy delgado—, y algunos otros miembros del personal de la nave. Todos llevaban ropas de gala. Sumaban siete personas en total. La lámpara principal del comedor brillaba sobre la mesa como un astro alumbrando un firmamento de viandas de carne, ensaladas, quesos, frutas y licores que Marco había ordenado servir. Un pastel

con láminas de oro comestible decoraba el centro de la tabla.

El capitán, en impecable uniforme blanco, dio de nuevo la bienvenida a «los señores», como dijo, y Marco agradeció aquella gentileza poniéndose de pie e improvisando un discurso breve pero amable. Dijo que estaba seguro de tener al mejor equipo para tripular una nave como el Montecarlo; advirtió que sus amigos morirían de envidia cuando conocieran su yate (todos rieron) y aceptó que era un neófito en navegación, sobre todo submarina, pero que estaba impresionado por el paseo de esa tarde, bajo la superficie de un mar tan lleno de tesoros y secretos como el Caribe. Explicó que él y su esposa se sentían bien, que ambos estaban felices y que compartir esa cena significaba el principio de viajes o aventuras que a todos enriquecerían. Dijo que las maravillas del mundo los esperaban. Aseguró que deseaba conocer los polos y la Amazonia, las selvas africanas y las profundidades de los siete mares. También dijo que no era un anfitrión ingrato como para dejar que se enfriara aquella cena deliciosa, obligándolos a escuchar un discurso tan malo como el suyo (todos volvieron a reír) y, finalmente, los invitó a degustar la comida.

Así lo hicieron.

Cenaron compartiendo animadamente. Al terminar, luego del postre y una agradable conversación de sobremesa —durante la cual una de las camareras tocó la guitarra, pues era una de las cualidades por la que había sido contratada para formar parte de la tripulación—, los invitados se retiraron a sus camarotes. Eran las once de la noche. El capitán, antes de irse, explicó que la nave se mantendría inmóvil, gobernada por el piloto automático y que, si no había contraorden, a la mañana siguiente visitarían otra parte del Caribe y un par de islas. Recomendó, eso sí, no bañarse en el mar, pues se hallaban en una zona frecuentada por tiburones, especialmente en esa época del año, y que si lo hacían, lanzaran suficiente repelente al agua y activaran el robot salvavidas o de primeros auxilios. Advirtió que el mar estaría un tanto agitado durante las próximas horas. Todos se fueron a dormir.

El cielo, esa noche, estaba cubierto de nubes y oscuro, pero la luna se mostraba en lo alto en todo su esplendor. El viento se había intensificado a partir de la caída del sol. La nave se bamboleaba levemente, pero nada que causara malestar. Unos estabilizadores de alta eficiencia mantenían la embarcación tan horizontalmente como posible. En medio de la tormenta se hubiera podido jugar cualquier juego de tablero sin que se viera comprometida la posición de las piezas, o bien dejar un vaso de agua sobre una mesa sin que se derramara una gota, a pesar del persistente oleaje que golpeaba al casco de la nave.

Cuando llegaron a su camarote, Christine se desnudó y se puso ropa de dormir. Luego, abrió una de sus maletas de la cual sacó una pequeña bolsa repleta de polvo blanco.

—¿Vas a volver a eso? —preguntó Marco, sorprendido, cuando observó lo que ella hacía.

—Esto me ayuda —respondió la mujer y le dio la espalda.

—Podemos tener otro hijo —dijo él en tono comprensivo y se le acercó.

Ella hizo con las manos un movimiento de rechazo.

—Sería otro, no sería el mismo —respondió con voz apagada—. Además, te estorbaría en tus planes para conocer el mundo.

La mujer se fue a la cocina donde tardó varios minutos en preparar aquella sustancia. Luego, se inyectó en una muñeca y se fue a sentar al balcón.

—Era nuestro hijo y tú ni lo recuerdas —protestó ella desde donde se encontraba.

Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Fue un accidente, ni la nodriza se dio cuenta —dijo el hombre con un tono de cansancio en la voz.

Se estaba quitando la ropa y buscaba algo en las gavetas de un mueble.

—Si no lo hubiéramos dejado solo en casa para ir a la maldita fiesta de cumpleaños de esa mujer con la que te encaprichaste...

Christine alzó la vista y observó la luna apenas visible entre las nubes cargadas.

Se produjo el resplandor de un relámpago a la distancia.

—Era mi socia en el negocio más importante de mi vida, y no me encapriché con nadie —dijo el hombre y se dirigió al cuarto de baño.

Marco cerró la puerta de esa habitación.

La mujer ya no dijo nada. Era evidente que la droga había hecho efecto. De repente, soltó una carcajada y se quedó con los ojos fijos, viendo al cielo nuboso. Algunas estrellas refulgían en el horizonte. El yate era golpeado por las olas con cierta insistencia, pero aun así su estabilidad no se veía comprometida. El Montecarlo absorbía los impactos. La nave, a veces, de hecho flotaba en el aire para no ceder a las embestidas del mar y perder horizontalidad.

Había empezado a llover. El viento soplabla afuera. Las aguas se sacudían cada vez con más fuerza.

Christine se puso de pie y presionó un botón para bajar los vidrios de ese balcón, los cuales protegían del temporal. Tenía la mirada lánguida, perdida en la lejanía, pero no dejaba de reír. Sus risas las ahogaba el ruido del viento que ya se había metido al camarote hasta agitar cortinas y hacer tintinear vasos. Un florero cayó al suelo y se rompió.

Ella dijo: «Sí, bebé, te escucho...», y, sin reparos, saltó sobre la baranda y cayó al mar.

Marco, que venía saliendo del baño con una toalla alrededor de la cintura, pegó un grito, alertó por megafonía al personal y pidió que activaran el robot de rescate. El hombre se acercó al balcón, pero no pudo verla. Lanzó un salvavidas al agua e intentó saltar él también para buscarla, pero no tuvo el coraje. La lluvia mojaba ya el camarote. El mar estaba más inquieto que antes y a veces tronaba algún rayo.

Buscaron a la mujer durante horas, usaron todos los medios técnicos de que disponían y se comunicaron con los guardacostas y barcos más cercanos.

Cuando salió el sol Christine no había aparecido. Marco se hallaba sentado en una poltrona cerca del puente de mando. Sollo-

zaba de vez en cuando pero no quiso hablar con nadie hasta que llegaron al puerto más cercano donde, forzosamente, debió dar declaraciones a las autoridades que lo interrogaron.

Se organizó una operación de búsqueda y rescate, pero fue infructuosa. Una cámara del yate había registrado el momento en que la mujer saltó al mar.

Esa noche Marco durmió en un hotel.